

***Representar El Capital. Una lectura del Tomo I****Fredric Jameson, Fondo de Cultura Económica, 2013, 193 págs.***Victor De Luca**

Universidad Nacional de Río Cuarto

Decir que Marx es un clásico de la teoría social y de la filosofía moderna, suele ser una elegante manera de la condescendencia y una forma sutil de neutralizar la potencia de su pensamiento. La época se caracteriza por haber elevado a escala global el *pathos* que obsesiona a los ricos de todos los tiempos: el reparto previo de quienes pueden tomar la palabra, el discurso, aún el discurso crítico que nunca puede ser, bajo ningún imperativo *serio*, crítica de la economía política. Hoy vemos florecer lozanas y joviales a las críticas epistémicas, culturales, políticas, poscoloniales. Lozanía cuya condición es la exigencia asumida de olvidar a Marx. En la medida en que las tendencias académicas actuales en el ámbito de la filosofía y de las ciencias sociales se imponen al compás de la agenda de las universidades norteamericanas, se cumple como programa aquel diagnóstico de Fredric Jameson de comienzos de los años noventa: cuando la gran teoría cruza el atlántico suele perder por la borda muchas de sus motivaciones políticas y emancipadoras.

*Contrario sensu* de esa tendencia, Fredric Jameson puede ser considerado como uno de aquellos investigadores que recogieron el guante del desafío enunciado por Jacques Derrida en *Espectros de Marx*. Claro está, mucho antes de que el propio Derrida lo dijera. Jameson piensa desde la *herencia* vasta, de límites porosos y difusos implicada en la lectura de la textualidad marxiana; textualidad irreductible a cualquier pretensión de manualizar la conciencia o la práctica de un sujeto histórico con un supuesto destino universal grabado en su ser social. Jameson pertenece a una constelación de intelectuales para los cuales el nombre de Marx y aquello que dice ese nombre, se presenta como ineludible toda vez que se trate de comprender alguna dimensión del complejo entramado de las dominaciones contemporáneas; se sabe que entender, es aquí algo más que contemplar el mundo desde una torre de marfil. Textos como *El giro cultural* dan cuenta de la operatividad crítica de enfoques teóricos como los de Braudel o Giovanni Arrighi para

comprender algunas dimensiones materiales y espectrales de los actuales procesos culturales, como así también de la recepción de Lukács, Benjamin, Lacan o Althusser. Lo mismo puede decirse de *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*. Aquí, más que mostrar el rendimiento analítico de estas contribuciones ante procesos político culturales del presente, Jameson se interna en el entramado mismo de la obra más ambiciosa de Marx, indagando en torno a la elección de las categorías, las oposiciones reales y las aparentes, una determinada concepción de la historia y de la historiografía, de la dialéctica, de la temporalidad y espacialidad que inscribe el capital en su expansión.

“Representar *El Capital*” es, como indica el subtítulo, una *lectura*. A diferencia de la tradición filosófica que suele ser inmune a las herramientas de la crítica literaria y, en general, a los recursos de la ciencia del lenguaje, Jameson obtuvo su doctorado con una tesis sobre Sartre, en 1959, bajo la dirección de Eric Auerbach, es profesor de Literatura comparada desde hace décadas y no tiene ningún prejuicio que le impida asumir que *El Capital* es, antes que un sistema, un *texto*. Desde las primeras páginas Jameson nos introduce en el terreno del conflicto de las interpretaciones: “En efecto, intentaré demostrar que *El Capital* no es un libro de política, y ni siquiera es un libro sobre el trabajo: es un libro sobre el desempleo, escandalosa aseveración que me propongo justificar acercando la lupa a su argumento, así como a las etapas de este y su desarrollo punto por punto”<sup>1</sup>. El proceso del capital mismo adquiere, para Jameson, en la escritura de Marx “una forma protonarrativa específica”<sup>2</sup> que se transforma y recodifica al compás de la expansión de su objeto hasta adquirir “la arquitectura de un constructo o sistema, que es el del capital propiamente dicho”<sup>3</sup>. Este modo de proceder, como bien señala Jameson, se diferencia de la mayoría de los textos filosóficos y de igual manera, de los argumentos retóricos. Jameson inscribe su lectura, en este punto, en la perspectiva abierta por Althusser: “...no voy a involucrarme en el debate sobre la ciencia (*Wissenschaft*), excepto para que recordemos la definición de Althusser que la caracteriza como discurso sin sujeto (es decir, sin *doxa* u opiniones)”<sup>4</sup>.

Este enfoque es puesto al servicio de otra hipótesis polémica: todo el sistema del capital, es decir, el capitalismo como totalidad estructural estaría *expuesto* en el tomo I. Ese libro constituye la teorización más completa sobre el capitalismo como sistema. Aquello que no

---

<sup>1</sup> Jameson, Fredric, *Representar El Capital, una lectura del tomo I*, FCE, Buenos Aires, 2013, p 13.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid.

<sup>4</sup> Ibid.

encuentra lugar allí, ha sido utilizado generalmente como argumento contra Marx; sin embargo, Jameson señala que así como *El Capital* no es un libro de filosofía, ni de política, tampoco es un libro de economía en el que su autor hubiese querido aportar algunas soluciones a problemas prácticos de la economía de mercado, tal el ejercicio al que se dedican generalmente los economistas burgueses. El proyecto de Marx es *representar* el capital en un texto. Jameson asume el desafío de justificar esta hipótesis en tiempos de ataques encendidos a la categoría de representación. El problema de la representación sin embargo, no se comprende descartando sin más, la categoría: “si los dilemas de la representación son posmodernos e históricos también puede decirse que la historia como tal ha pasado a ser un problema de representación”<sup>5</sup>. Este problema está ligado para Jameson a todo intento de conceptualización y a toda configuración *ideológica*—en el sentido estructural que adquiere este término en Althusser—por lo tanto, el simple rechazo de la categoría en un contexto de crisis de la representación política y de irrupciones subalternas de diverso tipo, no alcanza para visualizar qué es aquello que está en juego en el problema de la representación.

Desde estas previsiones, Jameson recurre al psicoanálisis, más precisamente a Freud. Como cualquier representación plena de la pulsión es imposible, es necesario prestar atención a la representabilidad, o al *material significante* disponible, lo cual implica el ingreso de la historia en la escena, puesto que cierto material puede estar disponible en un momento y no en otro. Lo cual se esclarece más, para Jameson, si pasamos de los laberintos de la psiquis “a la cuestión del capitalismo como totalidad”<sup>6</sup>; nadie ha visto nunca al capitalismo, sólo nos son accesibles sus síntomas, de ahí que “todo intento de construir un modelo de capitalismo—porque eso es lo que significa ahora la representación en este contexto—resulte en una mezcla de éxito y fracaso: algunos rasgos quedarán en primer plano; otros se pasarán por alto o incluso serán tergiversados”<sup>7</sup>, no sólo por esta suerte de fenomenología trascendental histórica, sino porque cualquier modelo de una totalidad tal tenderá a incluir elementos heterogéneos, e incluso, inconmensurables entre sí, y para Jameson, esa y no otra es la razón de ser de la dialéctica, que existe para evitar la reducción y la unidimensionalidad propia del pensamiento burgués, en términos de Marcuse. La conclusión de este enfoque viene a decir que, suponer, en definitiva, que el capitalismo es irrepresentable no significa postular que es inefable, “una suerte de misterio que está más allá del lenguaje o del pensamiento”<sup>8</sup>, menos aún un efecto de la naturaleza humana o de

---

<sup>5</sup> Ídem, p 15.

<sup>6</sup> Ídem, p 17.

<sup>7</sup> Ibid.

<sup>8</sup> Ídem, p 18

alguna otra forma de *archipolítica*, si vale servirnos aquí del uso que hace Jacques Rancière del concepto. Para Jameson, en este sentido, “el libro de Marx nos brinda el ejemplo supremo de un esfuerzo dialéctico en pos de esta tarea” y en esto radica que su lectura sea “significativa y apremiante para nosotros en nuestro tiempo”<sup>9</sup>.

La lectura de Jameson, dijimos, no rehúye la materialidad del texto, pero tampoco la reduce a mero juego de efectos de superficie. Otros lectores de Marx han señalado la dimensión de gesta imposible de su proyecto; entre nosotros, Oscar del Barco, en *El Otro Marx*, no deja de mostrar la existencia de un Marx a tópicos al que su objeto de indagación se le escapa al expandirse en contornos del tamaño del mundo. Esa imposibilidad de concluir, indicaría para del Barco el paso a una escritura fragmentaria que hace que el *otro Marx sea, de alguna manera, Nietzsche*<sup>10</sup>. Raymond Aron, por su parte, en los seminarios sobre Marx en la Sorbona en la década del sesenta compara el proyecto de Marx con el de Marcel Proust. Así como *En busca del tiempo perdido* es, por definición un libro imposible, del mismo modo lo es la crítica de la economía política marxiana que parece responder al postulado de Mallarmé<sup>11</sup>. El trabajo del texto no es un suplemento exterior al tipo de enigmas, paradojas o misterios que la crítica de Marx se propone dilucidar. De ahí que las figuras que Marx utiliza en la primera sección, contrario a la recomendación de Althusser, quien sugería saltarse la primera sección entera en la primera lectura del texto, deban ser atendidas en su complejidad, ya que cumplen una función análoga a la de una obertura en una ópera, al modo de *El oro del Rin* de Wagner; es un “pasaje de entrada a la obra como totalidad”<sup>12</sup>. Ese pasaje indica a su vez el enfoque de Marx: “La teoría del valor es algo así como la dimensión hermenéutica de *El Capital*”<sup>13</sup>. El ser de la mercancía remite todo entero a una oposición que no está en la superficie del intercambio; para acceder a las implicancias del ser de la mercancía hay que emprender un verdadero descenso a los infiernos hacia el submundo de la producción capitalista; Marx sería nuestro Dante: no en vano el *Prólogo* de 1859 termina con la inscripción que el italiano coloca a las puertas del infierno: “es bueno que se deje aquí todo temor/ que aquí quede muerta la cobardía”.

Las comparaciones que Marx enumera y superpone en esta primera parte preludian, para Jameson, “el gran goce whitmanesco en las enumeraciones”<sup>14</sup>, y preludian la fórmula de la imagen surrealista. Sin embargo, a diferencia de la vanguardia surrealista, la yuxtaposición de

---

<sup>9</sup> Ibid.

<sup>10</sup> Cf. del Barco, Oscar, *El Otro Marx*, Milena Caserola, Buenos Aires, 2008, p 21.

<sup>11</sup> Cf. Aron, Raymond, *El marxismo de Marx*, Siglo XXI, Madrid, 2010, p75.

<sup>12</sup> Jameson, Fredric, op.cit, p 25

<sup>13</sup> Idem, p 24.

<sup>14</sup> Idem, p 39.

comparaciones apunta a mostrar la materialidad múltiple del mundo de materias primas, que será aplanada por la mercancía, por el paso de la cualidad a la cantidad, del valor de uso al valor de cambio, del trabajo vivo al trabajo abstracto.

Jameson recorre en su lectura todas las figuras de la primera sección y evalúa las recepciones a lo largo del siglo XX: de Lukács a Debord, de Gramsci a Althusser. La huella althusseriana hacen trazo en la lectura de Jameson; sobre todo en la interpretación que dice que el mundo del valor que universaliza la mercancía, hace de los seres humanos portadores de relaciones impersonales en las que los objetos adquieren estatus antropomórfico, al modo de una “juguetería mágica”<sup>15</sup>. En la figura que muestra el paso de la mesa valor de uso a la mesa valor de cambio, en la que ésta se ha transfigurado “en cosa sensorialmente suprasensible” y baila, puesta de cabeza, Jameson ve una ironía de la fascinación burguesa con *oriente*, pero además, la radical inversión post humanista de la lucha por el reconocimiento, determinada ahora por el valor de cambio y las “relaciones seudohumanas entre objetos”<sup>16</sup>.

Los capítulos dedicados a la temporalidad y espacialidad presentes en *El Capital* son un largo comentario a la última sección del libro, los capítulos XXIII y XXIV que Jameson propone leer como una suerte de *Coda* en la que Marx destila lo mejor de su prosa encendida, con ironía y sarcasmo. Al mismo tiempo, son el lugar en el que se densifica la filosofía de la historia de Marx, con entrecruzamientos de los más diversos temas y problemas, entre ellos, por ejemplo, la reconstrucción del problema del trabajo infantil y de la hipócrita legislación sobre el mismo, páginas en la que Marx parece estar citando a Charles Dickens. Las conclusiones políticas del libro de Jameson, (capítulo VII) bien podrían estar ahí sin los seis capítulos anteriores, ya que se trata en realidad de una declaración o manifestación de la propia [de Jameson] concepción de la política y de la teoría política. La tentación de comenzar la lectura por el final está más que justificada, casi diría, recomendada. Las conclusiones de Jameson bien pueden ser un Prólogo bastante más picante que la correcta introducción de rigor que abre el libro.

Es difícil establecer cuál sea la afirmación más fuerte del capítulo final: si la hipótesis que dice que *El Capital* no es un libro político—afirmación que intervendría en el debate revisionista contra Bernstein que acusaba en *El Capital* una mezcla de científicismo y *blanquismo*—, o aquella que dice que la teoría política como tal se ha extinguido con el surgimiento del capitalismo. Conclusión que es casi una aplicación de la propia teoría del posmodernismo en Jameson: una radicalización de la modernidad en la que economía y cultura se yuxtaponen en un palimpsesto

---

<sup>15</sup> Idem, p 47.

<sup>16</sup> Idem, p 50.

indistinguible. Ese proceso se habría iniciado con la universalización de la mercancía y el dinero, la mayor abstracción objetiva de nuestro tiempo, que volvería impotente a la teoría política<sup>17</sup>. Dirimir este enigma bien vale la lectura del libro de Jameson, un guía de lujo para adentrarse en las páginas de la obra mayor de Marx.

Recibido - 11 de julio de 2013  
Aceptado - 12 de agosto de 2013

---

<sup>17</sup> Cf. Jameson, Fredric, op.cit, p 172.